

Contienda política estudiantil. Apuntes desde la Universidad de Antioquia

Juan Camilo Portela¹⁷

En el momento en que escribo este texto, 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, en el estado de Guerrero, México, continúan desaparecidos

En este capítulo quiero plantear algunos elementos que surgieron durante la investigación que realicé en el marco de la maestría en Ciencia Política del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia. Esta investigación, que se encuentra en el trabajo de grado titulado “Protesta estudiantil en la Universidad de Antioquia”, tuvo por objetivo comprender las condiciones y dinámicas de la protesta estudiantil entre los años 2005 y 2012. Actualmente hay un proceso de transformación de la universidad con implicaciones en el sentido de la movilización estudiantil; punto que será tratado inicialmente. A continuación se expondrá el enfoque de la contienda política estudiantil y en seguida se leerá la protesta estudiantil a través de dicho enfoque. Finalmente se afirma la necesidad de establecer puentes entre la investigación y la contienda estudiantil en el marco de las transformaciones universitarias descritas inicialmente.

¹⁷ Antropólogo y magíster en ciencia política. Profesor Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia.

1. La universidad en transformación

La universidad, como la hemos conocido hasta hoy, es decir, como un centro de producción de conocimiento, se encuentra inmersa en un proyecto global de transformación. Según Boaventura de Sousa Santos (2007), está pasando de ser un bien público a un *campo de valoración del capital educativo*. La menor intervención del Estado en la universidad es parte de la pérdida de interés en las políticas sociales vinculada al modelo de desarrollo impulsado por la globalización neoliberal, y da lugar a la globalización mercantil de la universidad. Este proceso ha pasado por dos etapas: de inicios de los años ochenta a mediados de los noventa se crea y consolida el mercado nacional universitario, y a finales de los noventa surge el mercado transnacional de educación superior y universitaria.

La universidad colombiana no es ajena a este proceso. En los veinte años más recientes, el Estado se ha ido retirando paulatinamente tanto de la política social como, en particular, de la educativa. Desde el 2003 empiezan a estallar financieramente las universidades públicas:

La Universidad del Atlántico presentaba un déficit de \$30.677 millones de pesos, la del Cauca sólo tenía presupuesto hasta octubre porque arrastraba un déficit de 9.000 millones, la del Tolima tenía un déficit estructural de 100.000 millones de pesos y en 2003 registraba un déficit de 3.500 millones similar al que presentaba la Universidad Tecnológica de Pereira. Por su parte la Universidad del Quindío tenía un déficit de 2.300 millones (García, 2012: 18).

En este contexto, se propone resolver la crisis financiera de la universidad mediante la búsqueda de fuentes alternativas de ingresos en la venta de servicios y alianzas con el capital. Así, la universidad tiende a transformarse en una empresa, “una entidad que no produce solamente para el mercado sino que produce en

sí misma como mercado, como mercado de gestión universitaria, de planes de estudio, de diplomas, de formación de docentes, de evaluación de docentes y estudiantes” (De Sousa Santos, 2007: 28).

Lawrence Soley analiza los casos del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), de la Universidad de Minnesota, del Instituto Politécnico Rensselaer y de la Universidad de Texas en Estados Unidos, y concluye que este proceso, por un lado, compromete la libertad académica y la independencia intelectual, porque las universidades crean fuertes alianzas con corporaciones, fundaciones y empresarios que, de esta forma, “están adquiriendo la ‘torre de marfil’ y convirtiéndola en un anexo de la industria” (1997: 236); y por otro, permite la transferencia encubierta de recursos públicos a empresas privadas mediante: a) la compra de patentes de productos de investigaciones universitarias financiadas con fondos públicos, b) la deducción de impuestos a las compañías que hacen donaciones a las universidades, y c) el aprovechamiento privado de las instalaciones de investigación de punta construidas por el Estado, mediante el cual ese tipo de empresas ahorra los costos de construcción, mantenimiento y pago de investigadores.

De esta forma, la transformación de la universidad implica una transformación del conocimiento y de su relación con la sociedad, en la cual la comercialización del conocimiento científico es solo el aspecto más visible. Para Boaventura de Sousa Santos, las consecuencias más profundas de esta modificación son epistemológicas: durante el siglo xx la universidad produjo un conocimiento científico claramente diferenciado de otros tipos de conocimiento, y según procesos, categorías y jerarquías debidamente definidas, distinguidas y autónomas respecto a la sociedad; sin embargo, actualmente se está dando un “paso del conocimiento universitario hacia el conocimiento pluriversitario” (2007: 44). En él, la sociedad, y no el investigador, define los problemas, y requiere que el conocimiento sea contextualizado

y aplicable. Esta nueva relación entre ciencia, conocimiento y sociedad da lugar a procesos de alianza tanto con la industria privada, como con diferentes colectividades sociales (por ejemplo sindicatos, movimientos sociales, cooperativas), que chocan con la institucionalidad universitaria tradicional. Así, la universidad pierde estabilidad ante los compromisos contradictorios que adquiere, y su hegemonía, legitimidad e institucionalidad pasan a ser cuestionadas y evaluadas simultáneamente por distintos actores sociales, quienes asumen posturas diferentes, a veces radicalmente opuestas, sobre el modelo neoliberal de desarrollo y el papel de la universidad allí:

Esta contraposición, entre una presión hiperprivada y una presión hiperpública, no solamente ha llevado a desestabilizar la institucionalidad de la universidad, sino que ha creado también una profunda fractura en la identidad social y cultural de esta; una fractura traducida en desorientación y táctica, reflejada sobre todo en una cierta parálisis disfrazada de actitud defensiva resistente al cambio en nombre de la autonomía universitaria y de la libertad académica. La inestabilidad causada por el impacto de estas presiones contrapuestas crea un impase donde se torna evidente que las exigencias de mayores cambios van frecuentemente acompañadas de mayores resistencias al cambio (2007: 46).

En este sentido, se podría decir que la universidad pasa por tres crisis: a) de hegemonía, b) de legitimidad y c) institucional. La *crisis de hegemonía* surgió de la incapacidad de la universidad para cumplir objetivos contradictorios entre sí (por un lado, la formación de alta cultura, y por el otro, la producción de patrones culturales medios y de conocimientos instrumentales) y de la consecuente entrada en competencia con otros centros de educación superior. La *crisis de legitimidad* está provocada por la oposición entre la visión de la universidad como saber especializado —que supone jerarquización, competencia y exclusividad— y las demandas sociales de mayor democratización y acceso de las clases populares. Por último, la *crisis institucional* se ocasiona por el choque entre la autonomía universitaria y las

presiones externas para someterla a criterios económicos y de responsabilidad social (De Sousa Santos, 1998).

Estas crisis se intentan resolver en el marco del proyecto globalizador de la universidad, pero también son contestadas por luchas estudiantiles y sociales que le reclaman autonomía y compromiso social. En Latinoamérica ha habido fuertes movilizaciones estudiantiles en contra del proceso privatizador universitario. En el 2011, por ejemplo, los estudiantes chilenos irrumpieron con fuerza en la esfera pública y mostraron que la política no es estática y que hay posibilidades de reactivarla constantemente. Salieron a las calles con sus demandas sobre la educación pública y se tomaron la palabra exigiendo transformaciones en la sociedad chilena. Su acción fue ejemplo para movilizaciones estudiantiles en otros países, y su discurso fue escuchado atentamente por otros actores políticos (Durán, 2012; Modonesi, 2012; Núñez, 2012).

La fuerza que adquirió el movimiento estudiantil en Latinoamérica fue evidente el 24 de noviembre del mismo año, cuando estudiantes de distintos países de la región se unieron a la Marcha Latinoamericana por la Educación Pública, Gratuita y de Calidad. Hubo movilizaciones estudiantiles desde Chile hasta México, pasando por Ecuador, Venezuela, Costa Rica, Paraguay y El Salvador. Entre los países que se unieron a la marcha también estuvo Colombia, en donde el movimiento estudiantil en contra de la reforma a la Ley General de Educación (Ley 30) llevó a distintas tendencias y sectores estudiantiles a organizarse en la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) y a exigir, mediante distintas formas de protesta, el retiro del proyecto de reforma a dicha ley (Archila, 2012).

Pero para entender la transformación universitaria es necesario comprender los procesos de contienda política que han contestado al avance globalizador neoliberal. Esta comprensión implica poner en cuestión distintas certezas sobre la actividad política

estudiantil: ¿los estudiantes son realmente apáticos?, ¿sus luchas son estrictamente gremiales?, ¿carecen de formas innovadoras de acción? Es importante que estas preguntas sean tomadas en serio como materia de reflexión, análisis e investigación. La universidad que se está transformando no solo es el campo donde se inscribe la lucha estudiantil, sino que también puede ser un centro de producción de conocimiento donde se puede dar cuenta de tal lucha.

2. Contienda y protesta estudiantil

Afirmar que la universidad se encuentra en transformación y que su dirección es disputada por distintos actores sociales, entre los cuales se encuentran los estudiantes, le da un sentido específico a la protesta estudiantil: hace parte de procesos de contienda política que requieren una comprensión relacional.

Las protestas estudiantiles constituyen acontecimientos contenciosos, es decir, eventos en los que estudiantes actúan colectiva y públicamente para exigir determinadas reivindicaciones o demandas hacia al menos un actor con capacidad de influir o modificar el curso de la universidad. El carácter contencioso de este tipo de acontecimientos no se deriva de un necesario enfrentamiento con el actor hacia quien se dirige la acción colectiva, sino del hecho de que expresa un conflicto de interés entre actores socialmente posicionados, alrededor de un proyecto de universidad. Y el principal actor al que se dirigen los estudiantes es el Estado, en tanto la universidad hace parte de él; no obstante su lucha ha sido contra la privatización universitaria y la globalización neoliberal que dicho Estado ha permitido, más que contra el Estado mismo.

En otras palabras, la contienda política estudiantil se compone de aquellas acciones reivindicativas adelantadas por personas y grupos que se identifican como estudiantes universitarios,

cuya intención es la permanencia o modificación de la política, planeación y programación relacionada con la universidad y la educación pública, y en ocasiones con la agenda política nacional en temas en los cuales se asume que *los estudiantes tienen algo que decir*.

Esta forma de abordar la protesta no parte de la existencia de un *movimiento estudiantil* que actúa como un sujeto colectivo, persigue unos objetivos claramente definidos y despliega formas de actuación elegidas racionalmente para la consecución de sus fines. Por ello, es preciso superar las visiones *monolíticas*, que afirman la existencia de un movimiento estudiantil homogéneo; *estructuralistas*, que subsumen la acción estudiantil en estructuras de distintos tipos (universitaria, educativa y política local, regional y nacional); *estáticas*, que describen la situación de la politización estudiantil en un momento dado pero que no ilustran la dinámica de la misma.

El énfasis de la reflexión se pone en la contienda política estudiantil como un proceso interactivo que supone el conflicto y la discontinuidad en la construcción de acciones colectivas. Así, la vida política estudiantil difícilmente puede ser comprendida en torno a un solo antagonismo estudiantes-directivas, sino que supone un proceso complejo de articulación entre estudiantes, interacciones con otros actores sociales y relación con las directivas universitarias y gubernamentales. Además, las interacciones son conflictivas en un doble sentido: en relación con un *otro*, al cual se le exigen ciertas demandas; y en la conformación de un *nosotros* desde el cual se plantean las reivindicaciones.

La perspectiva relacional de la contienda política es enunciada por McAdam, Tarrow y Tilly en los siguientes términos (2005: 24):

Tratamos la interacción social, los vínculos sociales, la comunicación y la conversación no meramente como expresiones de una estructura, una racionalidad, una conciencia o una cultura; sino como enclaves activos de creación y cambio. Hemos

llegado a concebir las redes interpersonales, la comunicación interpersonal y diversas formas de negociación continua —incluida la negociación de identidades— como algo que ocupa un lugar central en la dinámica de la contienda.

Esta forma de abordar la política, ya no desde los movimientos actuando como sujetos colectivos, sino centrada en la contienda como interacciones reivindicativas a través de las cuales se constituyen los actores, supone la superación de dos dicotomías clásicas en el estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva. En primer lugar, la dicotomía política institucionalizada/política no institucionalizada. La perspectiva relacional de la contienda afirma la dificultad de establecer fronteras fijas entre uno y otro tipo de política, puesto que a) en ambos es posible identificar mecanismos y procesos similares, b) hay actores políticos importantes que se mueven entre los dos lados de esta dicotomía, sin ningún tipo de traumatismo, y c) entre ambos tipos de política hay relaciones dinámicas que pueden ser identificadas en los mecanismos explicativos.

De esta forma, es más útil la distinción entre *contienda contenida* y *contienda transgresiva* aportada por McAdam, Tarrow y Tilly. Ambos tipos de contienda tienen en común que consisten en interacciones episódicas reivindicativas, pero se diferencian en el nivel de innovación de las interacciones. Mientras que en la contienda contenida “todas las partes en el conflicto estaban previamente establecidas como actores políticos constituidos” (2005: 8), en la contienda transgresiva “al menos algunos de los participantes en el conflicto son actores políticos recientemente autoidentificados y/o [...] emplean acciones colectivas innovadoras” (2005: 8).

La innovación de la acción es evidente cuando “incorpora reivindicaciones, selecciona objetos de las reivindicaciones, incluye autorrepresentaciones colectivas y/o adopta medios que *no tienen precedentes* o que *están prohibidos* en el régimen en

cuestión” (2005: 8, las cursivas son mías), lo cual muestra cuán débil es la línea entre un tipo de contienda u otro, puesto que, por ejemplo, en la universidad aparecen formas violentas de acción que están prohibidas por el régimen, pero tienen precedentes de largo aliento y son llevadas a cabo por actores consolidados, a pesar de su clandestinidad, tales como los disturbios (o *tropeles*); y también hay acciones innovadoras, en tanto adoptan medios novedosos, aunque no prohibidos, como el recurso a las redes sociales virtuales (Facebook y Twitter, por ejemplo).

Esta cuestión nos lleva a la segunda dicotomía: protesta violenta/protesta no violenta. Para Charles Tilly, la violencia colectiva puede ser un caso especial de contienda política, cuando en una interacción social episódica en la que hay por lo menos dos actores mínimamente coordinados de daños inmediatos (violencia colectiva), “hay un gobierno implicado ya sea como controlador, reivindicador, objeto de las reivindicaciones o tercera parte en las reivindicaciones” (Tilly, 2007: 9); que se presentan en dicha interacción episódica.

Al ser la violencia política colectiva una forma entre otras de contienda política, sus mecanismos y procesos pueden aparecer tanto en formas violentas como no violentas. La máxima diferenciación entre protestas de un tipo u otro se da en los daños inmediatos, más que en la dinámica contenciosa en sí misma, con lo cual diferenciarlas radicalmente implicaría perder de vista que, en ocasiones, una protesta no-violenta puede transformarse en violenta merced ciertos mecanismos, e, igualmente, que hay *emprendedores políticos* “cuya especialidad consiste en vincular, dividir y representar a sectores de la población” (Tilly, 2007: 29), y que pueden tener un pie en formas violentas y no violentas de contienda política.

El caso colombiano es especial porque la imbricación entre política y violencia ha sido una constante, así que separar la violencia política de la protesta social cerraría mucho el foco

frente a la realidad que se pretende indagar. En particular, la Universidad de Antioquia no es ajena al contexto violento de la ciudad de Medellín, lo cual se ve retratado en acontecimientos violentos tales como asesinatos de miembros de la comunidad universitaria, daños coordinados a bienes materiales, robos con distintos niveles de organización y enfrentamientos con la fuerza pública. El contexto violento tiene relevancia para la protesta estudiantil en tanto condiciona ciertas formas de acción y organización, ofrece recursos para otras, es problematizado en discusiones que derivan en demandas y reivindicaciones, afecta la calidad de la convivencia universitaria e implica reacciones por parte de las directivas que impactan en la comunidad universitaria.¹⁸

En este sentido, puede ser de gran utilidad el trabajo de Javier Auyero (2007), que describe cómo la etnografía contribuyó a problematizar la separación establecida entre política partidaria rutinaria y violencia colectiva extraordinaria, a través de la atención a los saqueos a locales comerciales en Argentina durante el 2001. La construcción teórica de la “zona gris” en la cual se cruzan las redes clientelares, la violencia colectiva y la vida cotidiana, fue posible por el ejercicio etnográfico de Auyero, a pesar de que su trabajo de campo fue realizado cuando estos acontecimientos ya habían ocurrido.

3. La contienda en la Universidad de Antioquia

De lo que se trata entonces es de comprender los procesos dinámicos de conformación de la protesta estudiantil en un

¹⁸ Un estudio de las relaciones entre acción colectiva y contextos de violencia prolongada puede leerse en el artículo de Adriana González “Acción colectiva en contextos de violencia prolongada” (2006) y en su tesis doctoral “Viajeros de ausencias: Desplazamiento forzado y acción colectiva en Colombia” (2010).

marco de contienda política que gira alrededor del proyecto de universidad. Un estudio sobre este fenómeno puede ser leído en dos pasos: en primer lugar, una visión menos móvil y más estática lleva a preguntarse por las condiciones necesarias para el surgimiento, la configuración y la trayectoria de la acción contenciosa; en segundo lugar, se debe tener en cuenta la dinámica, es decir, adentrarse en los episodios, rastreando *mecanismos y procesos* de la contienda política estudiantil.

Estudiar el caso de la Universidad de Antioquia aporta a la comprensión del renovado fenómeno de la movilización estudiantil latinoamericana, y permite ver un proceso que está conectado con las movilizaciones nacionales, pero que también cuenta con unas particularidades derivadas del contexto específico de la universidad y de la ciudad de Medellín.

En los últimos años, la dinámica de la contienda política estudiantil en la Universidad de Antioquia ha pasado por transformaciones importantes, relacionadas con cambios en la estructura del contexto, entendida como “aquellas condiciones externas [a un movimiento o a todo un grupo de ellos] que facilitan o restringen la construcción y el mantenimiento de la estructura del movimiento pensada para canalizar la movilización y las acciones de protesta” (Rucht, 1999: 268). Adriana González (2010) retoma el sentido de la definición anterior y afirma la necesidad de moldear las cualidades de esta estructura según las condiciones contextuales específicas de cada caso. La protesta estudiantil de la que trata este trabajo está ubicada en un espacio específico: una universidad pública colombiana. Por tanto, para nuestro caso, es necesario comprender a) el estado de la educación superior en Colombia, ubicando allí a la Universidad de Antioquia, b) el fenómeno de criminalización de la protesta en el país, y c) la relación entre las directivas y los estudiantes y el gobierno universitario.

Estas dimensiones conforman las condiciones contextuales de la acción política estudiantil en la Universidad de Antioquia, que establecen los límites y las posibilidades de la protesta. El estado de la educación superior tiene un impacto directo en la conformación de la movilización estudiantil, es decir, qué estudiantes, cuántos, de qué procedencia, formación y proyecto de vida participan en la contienda política estudiantil. La criminalización de la protesta a nivel nacional impacta directamente sobre la radicalización de la contienda política estudiantil. Finalmente, el gobierno universitario pone condiciones a la participación y la representación estudiantil mediante la apertura y el cierre de espacios de intermediación, deliberación y resolución de conflictos.

Durante la última década, la estructura del contexto ha estado caracterizada por el crecimiento de cobertura de la educación superior en Colombia, evidente en el aumento de los estudiantes matriculados, oferta de pregrados, profesores vinculados y ocasionales, formación de posgrado e investigación científica; y el problema financiero de las universidades, que a la larga no podrían costear todo este incremento. Este fue el resultado de la política de Revolución Educativa iniciada en el 2002 y culminada en el 2010, que daría lugar a las discusiones sobre la reforma a la Ley 30 de 1992.

Por otra parte, en el gobierno universitario de la Universidad de Antioquia se destaca la ausencia de representantes estudiantiles en las máximas instancias de representación universitarias, en el marco de las discusiones estudiantiles sobre la democracia universitaria. Los estudiantes se posicionan en una gama de posibilidades entre dos polos: el que da primacía a la participación y el que da primacía a la representación. El primero ve la asamblea estudiantil universitaria como el máximo espacio de expresión estudiantil y la única forma de interlocución con otros actores universitarios; mientras que el segundo demanda

la presencia de espacios de representación estudiantil que den mayor operatividad a la protesta estudiantil.

Estas posiciones están relacionadas con una desconfianza en la institucionalidad, evidente en la existencia de pocos espacios de mediación entre las directivas y otras autoridades, y los estudiantes; en la propensión a la represión por parte de aquellas y en la escasa capacidad de respuestas a las demandas que vayan más allá del control policial a la protesta estudiantil. Tales elementos se enmarcan en un tratamiento criminal a la protesta en el contexto de la movilización social en Colombia por parte del derecho penal. La existencia de tipos penales ambiguos, como terrorismo y sedición, facilita la criminalización judicial de la protesta. Este tratamiento criminal se suma al contexto de violencia prolongada que ha afectado fuertemente a la movilización social y que incluye otras formas de criminalización social y represión armada a la protesta.

Estas condiciones contextuales han sido acompañadas de transformaciones en las redes organizativas. En su texto "Adoptar, adaptar e inventar límites y oportunidades", McCarthy (1999) parte de la idea de que las formas organizativas no solo subyacen a la acción sino que la canalizan, la hacen posible y son en sí mismas condiciones para ella. Los estudiantes han desarrollado distintas formas organizativas para dar viabilidad a la contienda política. Y mientras las estructuras nacionales pueden ser leídas como organizaciones centradas en el modelo del partido político y de grupos de interés, con cierto grado de formalidad e institucionalización, cuya toma de decisiones se da verticalmente, desde el centro hacia las bases; los colectivos locales son formas organizativas asociadas al modelo de base, con una menor formalización y una forma flexible y menos jerárquica de tomar decisiones. Estas organizaciones se han agrupado de distintas maneras en articulaciones formales e informales, la mayoría de las cuales se ha caracterizado por su duración temporal en torno a coyunturas concretas. La MANE,

por ejemplo, es una articulación formal temporal que busca adquirir un carácter permanente como espacio de encuentro de las distintas organizaciones estudiantiles.

En Colombia hay varios grupos estudiantiles de orden nacional con presencia en diferentes universidades del país que tienen su centro en la ciudad de Bogotá y cuentan con algún tipo de dirección que coordina las tomas de decisiones colectivas en temas como unirse a movilizaciones, apoyar a otros actores sociales, realizar actividades tendientes a la creación, el refuerzo o la transformación de la propia identidad estudiantil o de las posiciones políticas, llegar a acuerdos con otras organizaciones estudiantiles (nacionales, regionales o locales) y negociar con el gobierno. En la Universidad de Antioquia hacen presencia varias de estas organizaciones, como la Federación Universitaria Nacional, la Organización Colombiana de Estudiantes, la Asociación Colombiana de Estudiantes Universitarios, el Proceso Nacional de Identidad Estudiantil, entre otras; y sus estudiantes miembros derivan su acción de las discusiones y decisiones emanadas de las mismas.

Además, en la Universidad de Antioquia también hay distintas formas de asociación estudiantiles, los llamados *colectivos*, que se conforman espontáneamente y autónomamente, es decir, que no dependen de las estructuras nacionales, si bien pueden establecer distintas formas de alianzas y coordinación con las mismas para efectos de las protestas estudiantiles. Aunque hay diferencias en el grado de institucionalización de los distintos colectivos, en conjunto este es menor que el de las organizaciones, pues se caracterizan por mayor flexibilidad en la toma de decisiones y en los compromisos asumidos con partidos políticos y con distintas asociaciones gremiales. La informalidad de los colectivos igualmente permite que, en virtud de las interacciones cotidianas entre los miembros de estos grupos, la asociación y alianza entre ellos cuente con menos obstáculos o trabas que el ingreso o la alianza con las organizaciones nacionales.

Algunos de los colectivos más significativos en la universidad son el colectivo de Estudio y Trabajo, el Comité de Garantías de la Facultad de Artes, el colectivo de Comunicación Desde el 12, la Mesa de Estudiantes de Filosofía, el colectivo Nuevo Mundo, el colectivo de Estudiantes Afrocolombianos en la Universidad de Antioquia (AFROUDEA), el colectivo Comunidad 32, el colectivo Despertar, la Red Estudiantil de Ingeniería, el colectivo Alicia Intoxicada, el colectivo Luis Fernando Barrientos y la Corporación de Derechos Humanos Gustavo Marulanda; la mayoría de los cuales permanece dentro de la universidad y actúa en nombre de una colectividad informal, no de una corporación formalizada. Además, los procesos de conformación de estas agrupaciones son dinámicos: los colectivos son constantemente fundados, cerrados, fusionados y transformados. No obstante este *dinamismo*, hay tres *permanencias* que garantizan la existencia de condiciones para la acción:

- a. Los estudiantes que pertenecen a los colectivos no culminan su activismo político cuando el grupo al que pertenecen se disuelve; por el contrario, con rapidez fundan o ingresan a otra agrupación estudiantil (o social). Esta situación permite la *permanencia de la base social* sobre la cual se funda el modelo de organización de los colectivos.
- b. A pesar de que numerosos colectivos estudiantiles se disuelven sin haber durado ni un par de años, la constante creación, transformación y fusión de otros grupos garantiza la *permanencia de colectivos estudiantiles* a los cuales puedan ingresar los estudiantes.
- c. Entre los colectivos estudiantiles hay relaciones que fortalecen lazos de solidaridad, fundamentales para la movilización. Estas relaciones pueden ser de cooperación para acciones concretas, de acompañamiento en formación política, de intercambio de conocimientos jurídicos, sociales, organizativos e ideológicos, y de transmisión de la memoria

estudiantil. Así, hay *permanencia en la articulación* estudiantil, sobre la cual pueden nacer colectivos constantemente.¹⁹

Así, la formación de colectivos es dinámica y permanente, y las permanencias descritas hacen posible la existencia de *redes de activistas*, conocidas por los estudiantes como “articulaciones”. Para los líderes estudiantiles, las articulaciones son, por encima de las *estructuras nacionales* y los *colectivos locales*, la condición organizativa principal para la movilización social en la Universidad de Antioquia: “Lo importante no son los colectivos, porque un colectivo solo no hace nada; lo importante son las articulaciones” (entrevista a líder estudiantil):

Hay organizaciones estudiantiles, hay oficinas estudiantiles, hay colectivos estudiantiles y en este momento uno no puede ver en la Universidad de Antioquia un colectivo, una organización, los independientes, no. Uno puede ver así como un espacio que lidera la movilización estudiantil. ¡No! Hay organizaciones que se han dedicado al tema de la MANE pues, las organizaciones, los colectivos y las oficinas que se han dedicado, que tampoco son pues todas las organizaciones, todos los colectivos, han estado impulsando el tema de la movilización de la MANE [...], pero decir que está el que manda la parada, pues, no (entrevista a líder estudiantil).

A pesar de que la formación de colectivos no es un hecho reciente, la forma concreta en que se ha presentado desde el 2005 sí lo es. En ese año, hubo una fuerte desarticulación y disolución de organizaciones y colectivos universitarios que no empezó a recomponerse sino hasta la aparición de nuevos colectivos en el

¹⁹ También hay relaciones de enemistad o contradicción que generan exclusión mutua entre articulaciones de colectivos y, por tanto, dan cuenta de identidades políticas estudiantiles diferenciadas. Estas identidades se afianzan mediante la apelación a discursos ideológicos, formas organizativas y posiciones políticas claramente reconocidos por los estudiantes miembros de los colectivos. Según el contexto y la intención de los estudiantes, estas identidades adquieren nombre propio: *bolivarianos*, *maoístas*, *camilistas*, *anarcos*, *independientes*, *socialdemócratas*, *marxistas-leninistas*.

2006, de los cuales el Gustavo Marulanda es el más representativo. Por ello, los colectivos actuales más antiguos se fundan en ese año. Algunos de estos grupos reprodujeron formas organizativas pasadas y, bien ingresaron a las *estructuras nacionales*, o bien se formaron siguiendo su misma lógica. Sin embargo, también aparecieron grupos nuevos que buscaban formas alternativas de organización y acción:

Y empecé a juntarme con unos parceros y montamos un cine foro desde sociología, se llamaba “Viernes de ociólogo”, y “Viernes de ociólogo” empezó a congregarse a un montón de gente que después de verse la peliculita entonces íbamos allí a Bantú a tomarnos dos politas, a hablar de política [...], a criticar cosas que veíamos en lo estudiantil, [...] y ahí fue donde empezamos a crear la idea de un colectivo de comunicación.

[...]

Recuerdo que fue una asamblea donde yo estaba muy nuevo y llegó la gente del Poli y la gente del ITM y en esa Asamblea uno de los parceros con los que estábamos haciendo lo del cine foro, uno de los parceros dijo, “Vea, necesitamos encontrar unos canales de comunicación entre las tres universidades, pues, mirá, nosotros tenemos una propuesta como de crear un colectivo de Comunicación, a los que les solle nos vemos afuerita” ¡Y entonces cayeron como 30 personas! y nosotros “¿Cómo así?, ¿y nosotros, cuatro peludos y pelaos de primer semestre cómo hacemos?”. Y había un man ahí como de tercer semestre que era como el que nos estaba ayudando y eso se fue decantando, se fue decantando y al final quedamos como diez.

Entonces yo también empecé sobre esa base, como que no me gusta lo que hay, entonces ¿qué hacemos, cuál es nuestra propuesta? Y empezamos, yo me acuerdo que en esos cineforos que nosotros organizábamos caía gente organizada y nos tiraban duro: “Ah, qué va pacifistas, qué va reformistas, hippies!”, nos decían de todo parce y nosotros ahí de primer semestre como “No, es que hay que cambiar las formas de las cosas, no a la violencia”. Era muy curioso pues, pero nos arriesgamos y mirá que en el arriesgarnos también fuimos aprendiendo ahí y fortaleciendo a una idea (entrevista a líder estudiantil).

Por otro lado, también se puede hablar de combos clandestinos, como grupos de personas que movilizan la contienda política violenta, cuyas relaciones con las agrupaciones públicas no son evidentes y toman distintas formas. Si bien algunas estructuras y colectivos tienen relaciones con los combos —ya sea de simpatía, apoyo ideológico, trabajo conjunto o presencia de miembros—, es necesario diferenciar la contienda política estudiantil de la contienda política violenta, pues su dinámica es distinta.

La contienda política a veces deriva en formas de violencia colectiva cercanas a los tipos que Charles Tilly llama *rituales violentos*, es decir, formas de violencia que no surgen espontáneamente sino que cuentan con actores claramente definidos.

Los combos, por su parte, son agrupaciones de personas que utilizan la acción violenta clandestina en determinados momentos y siguiendo guiones medianamente definidos. Su relación con los grupos estudiantiles y la comunidad universitaria ha variado a lo largo de los años. A grandes rasgos, se puede decir que un combo se caracteriza por ser una organización de personas cuya identidad es encubierta, que tiene como fin ejecutar acciones tendientes a la violencia colectiva en el ámbito universitario y que posee una estructura de mando definida. Su rasgo distintivo es la *clandestinidad*, es decir que, a diferencia de las agrupaciones estudiantiles visibles que actúan en el espacio público, los miembros de estos grupos encubren su rostro para ocultar su identidad, con lo cual limitan su aparición pública a los “troleos”, disturbios organizados que adquieren la forma de *rituales violentos*, en los cuales hay un enfrentamiento con la fuerza pública.

La clandestinidad implica que los miembros de estos grupos no son exclusivamente estudiantes de la universidad en la cual despliegan sus acciones. De hecho, los combos no están circunscritos a una u otra universidad sino que participan en varias como una sola unidad. Además, puede haber integrantes

que no sean estudiantes, y cuya relación con la universidad está completamente mediada por la pertenencia al combo.

La diferencia entre la acción contenciosa violenta y aquella que no lo es, es reconocida mediante una distinción en el tipo de “trabajo político” del estudiante: “amplio” cuando este participa activa y públicamente de las discusiones que se dan en el espacio público (principalmente en el ámbito universitario), e “interno” cuando las labores del estudiante tienen que ver con operativos específicos, propios de la violencia colectiva, que requieren el ocultamiento de la propia identidad. El trabajo “amplio” y el “interno” son llevados a cabo por agrupaciones distintas: el primero corresponde a todas las formas asociativas descritas hasta este momento —colectivos, estructuras y articulaciones—; mientras que el segundo lo llevan a cabo los combos.

También se puede hablar de distintas relaciones entre lo “amplio” y lo “interno”: hay estudiantes que trabajan en ambos ámbitos, haciendo parte de alguna agrupación estudiantil visible y de algún combo clandestino. Esta participación puede ser ignorada por los miembros de la agrupación legal, quienes no conocen la identidad clandestina de este estudiante; o puede ser reconocida en virtud de los lazos de afinidad entre ambas agrupaciones, que los lleva a compartir varios de sus miembros. La relación puede ser más estrecha cuando ambas formas son la cara de una misma moneda, es decir, que el colectivo o estructura es el combo en su expresión “amplia” o, si se quiere de otra forma, cuando el combo es la expresión violenta, “interna”, del grupo estudiantil. La afinidad discursiva entre estudiantes y agrupaciones pertenecientes a uno u otro ámbito no implica una necesaria identidad sino que refleja la existencia de *tendencias estudiantiles*, que reconocen referentes ideológicos y organizativos comunes.

En los años posteriores a la desarticulación de las formas organizativas existentes en el 2005, se ha dado una nueva configuración de las redes organizativas estudiantiles en la

Universidad de Antioquia. La proliferación de colectivos locales, independientes frente a las tradicionales estructuras nacionales, es el rasgo característico de la manera en que se ha organizado la protesta estudiantil en los últimos años. Estos colectivos han nutrido el trabajo de las mesas amplias —locales y nacionales— y han mostrado cómo la asamblea estudiantil no es el espacio exclusivo de acción política estudiantil. En este sentido, otras agrupaciones, cuyo lugar de aparición tradicional ha sido la asamblea, se han distanciado de estos colectivos y han hecho hincapié en que la asamblea es la principal instancia de participación estudiantil.

Esta transformación puede leerse como una disputa entre las tendencias estudiantiles que dan primacía a la participación: algunas reconocen a la asamblea como el único espacio legítimo y necesario de participación estudiantil, mientras que otras afirman la importancia de la participación social del estudiante, es decir, la acción en diversas instancias sociales en el marco de una identidad específica del estudiante.

Antes de la aparición de las mesas amplias, hubo otro tipo de *articulaciones formales*: las *coordinadoras*. A diferencia de las mesas amplias, estas articulaciones no permitían el ingreso de cualquier tipo de organización estudiantil, sino solo el de aquellas tradicionalmente reconocidas; esto es, las *estructuras nacionales* y algunos *colectivos locales*. Generalmente, la toma de decisiones no se hacía partiendo de las demandas, necesidades e inquietudes enunciadas por las bases estudiantiles, sino poniendo en consideración de los estudiantes reunidos en las asambleas las propuestas elaboradas por las coordinadoras. El papel de estas coordinadoras en la Universidad de Antioquia fue central hasta el éxito de las mesas amplias. El antecedente para el periodo 2005-2012 corresponde a la Coordinadora Nacional de Estudiantes Universitarios, que estuvo activa entre 2003 y 2004. En la década del noventa también hubo una coordinadora local que articuló organizaciones de las distintas universidades de Medellín y

la Coordinadora Estudiantil de la Universidad de Antioquia (CEUA). Después de estas, una experiencia similar se originó en el 2011, pero para el 2013 sus integrantes estaban pensando transformarla en una mesa amplia.

Un líder estudiantil recuerda las críticas que se le hacían a este tipo de articulación, críticas que la figura de la *mesa* posteriormente resolvería:

Los voceros de algunas organizaciones de carácter nacional con sede en Bogotá se reunían y, previo al encuentro, llegaban a unos consensos políticos. Hasta ahí no hay problema. El problema es que trataban de volver consensos políticos de todo el movimiento estudiantil sus consensos [...]. Entonces en muchas reuniones del país se crearon espacios de las coordinadoras, pero no como espacios realmente decisivos, porque la asamblea estudiantil es el máximo espacio decisorio de estudiantes [...] Eso como espacio de coordinación de las organizaciones políticas, bienvenido sea, pero no representa el sentir propio de lo que es el movimiento estudiantil (entrevista a líder estudiantil).

La dinámica de la contienda estudiantil se ha caracterizado entonces, en los últimos años, por la ampliación de iniciativas estudiantiles de organización y participación. La proliferación de colectivos locales es el caso más llamativo. También ha habido una multiplicación en los combos clandestinos, proceso no necesariamente vinculado a una ampliación de la participación, pero que sí da cuenta de la pérdida de hegemonía por parte de estructuras nacionales tanto públicas como clandestinas. Estos procesos han estado acompañados por el uso de las redes sociales virtuales, que han facilitado el intercambio, la difusión y la creación de información sobre la contienda política estudiantil y social.

Durante la reorganización de las redes organizativas iniciada desde el 2005 empezó un proceso de aparición de nuevos actores políticos y nuevas identidades en la contienda política estudiantil.

Para Charles Tilly (2005), la importancia de este proceso es central pues implica el paso de la contienda política *contenida*, en donde interactúan actores públicamente reconocidos, a la contienda política *transgresiva*, en la cual aparecen nuevos actores y acciones innovadoras. Los mecanismos conducentes a este proceso, identificados por Tilly son la *apropiación social*, la *acción innovadora*, la *certificación/descertificación*, la *formación de categorías* y el *cambio de identidad*. En la Universidad de Antioquia estos mecanismos pueden identificarse en la multiplicación de colectivos locales, la proliferación de combos y la transformación en la articulación de las agrupaciones, facilitadas por la irrupción de las redes sociales virtuales.

La *apropiación social* es un mecanismo mediante el cual se crean, adoptan o adaptan formas de relación social encaminadas a darle posibilidad a la acción. Desde el 2005, la desarticulación de las redes organizativas previamente existentes en la Universidad de Antioquia generó un vacío organizativo en la movilización estudiantil. Activistas que estaban en la universidad en ese momento relatan que pasaron de una fuerte dinámica estudiantil en el 2004—año durante el cual “[...] uno entraba a la universidad a las 8 de la mañana y salía a las 8 de la noche, y siempre se quedaba haciendo algo, siempre había algo por hacer, porque estaban los compañeros de cuentería, el cineclub, los grupos de estudio” (entrevista a líder estudiantil)— a un período de inmovilidad en el 2006: “[...] en ese año no se hizo nada, ese año casi que ni hubo asamblea, de los 25 que estábamos en la oficina de Derecho, sólo quedamos cuatro y prácticamente solo uno o dos seguimos trabajando [en la movilización]” (entrevista a líder estudiantil).

La nueva estructuración de las redes de activistas surgió sobre este vacío organizativo, para lo cual fue necesaria la adopción de redes de amistad y su transformación en redes organizativas, mediante la creación de nuevos colectivos locales. A diferencia de la situación previa, los nuevos colectivos no se formaron

por iniciativa de las estructuras nacionales, sino por el interés común de grupos de amigos, quienes veían la necesidad de organizarse. Mientras tanto, las estructuras nacionales, mediante la permanencia de algunos de sus miembros en la universidad, reintrodujeron sus formas organizativas, conformadas por nuevos integrantes. La apropiación social de la movilización no fue llevada entonces exclusivamente por las estructuras tradicionales, sino que estas empezaron a competir con los nuevos colectivos.

La misma dinámica que llevó a esta *multiplicación de colectivos* puede leerse en el ámbito clandestino, en donde se dio una *proliferación de combos*, cuyas relaciones con estructuras armadas de orden superior fue menos rígida. Previamente al 2005 los combos clandestinos tenían estrechas relaciones que los integraban en la estructura de mando de grupos armados insurgentes. La presencia de “milicianos” entre los “tropeleros” evidencia la relación entre la acción armada insurgente, propia del conflicto armado colombiano, y la acción contenciosa violenta en la universidad. A raíz del proceso que inicia en el 2005 en la universidad, la relación entre insurgencia y tropel se debilita, y empiezan a aparecer numerosos combos que, si bien pueden tener afinidades ideológicas con grupos armados, no están obligados a responder a una estructura de mando superior.

Los nuevos colectivos empiezan a emprender *acciones innovadoras*, caracterizadas por autorrepresentaciones colectivas previamente ausentes vinculadas con nuevos discursos. Si bien permanece un discurso político de izquierda, originado en el marxismo y sus diferentes derivaciones, y en el anarquismo, este se actualiza con elementos del pensamiento latinoamericano contemporáneo y concepciones menos verticales de la relación entre los líderes, la vanguardia y las bases. La representación del universitario como un líder que guía las masas populares pierde peso frente a la del estudiante que “camina la lucha”, que “aprende en la marcha”. Estos nuevos discursos dan un nuevo sentido a las modalidades de protesta: ya no son demostraciones de la fuerza de la

movilización estudiantil, sino invitaciones persuasivas a unirse a las demandas estudiantiles. Estas nuevas acciones conviven con acciones tradicionales.

Estas acciones innovadoras son facilitadas por el uso cada vez más frecuente de las *redes sociales virtuales*. Los grupos estudiantiles crean blogs en donde enuncian sus discursos, afirman su identidad y exponen sus relaciones con otros grupos; igualmente, en la plataforma social Facebook se generan espacios de debate, se convocan movilizaciones, se exhiben fotos y se relatan anécdotas de los acontecimientos contenciosos; es decir, la plataforma social también es objeto de la apropiación social de la movilización estudiantil.

La apropiación social y la acción innovadora pasan por la evaluación por parte de los actores previamente existentes en un mecanismo de *certificación/descertificación*. Líderes estudiantiles antiguos ven con preocupación el aumento de colectivos y de combos sin alguna estructura superior que los oriente: “Antes usted tenía una responsabilidad. Usted no podía hacer lo que quería, si usted hacía algo mal tenía que responderle a otro que estaba encima de usted. Ahora salen un poco de grupos que uno no sabe de dónde salieron ni con quién tienen relación” (entrevista a líder estudiantil). Pero algunos también empiezan a ver las bondades de estos grupos: “De pronto lo bueno es que sí hay una mayor relación con las bases y eso ha generado, digamos, como una democratización de la acción” (entrevista a líder estudiantil).

La certificación de los colectivos pasa por su ingreso en las articulaciones locales y nacionales, es decir, por su reconocimiento público a manos de las demás agrupaciones. Esto ha llevado a una *transformación de las articulaciones*, evidente en el paso de las coordinadoras a las mesas amplias como mecanismos de articulación. Estas últimas han permitido que los nuevos colectivos ingresen a las instancias nacionales de movilización

y cobren un fuerte protagonismo local, llegando a adquirir capacidad de veto frente a estructuras nacionales.

El acceso de nuevas agrupaciones a las articulaciones y la aceptación o rechazo por parte de los grupos tradicionales da lugar al mecanismo de *formación de categorías* en las cuales son incluidos unos y otros grupos. Así, los estudiantes se refieren a los grupos creados recientemente como “nuevas formas de hacer política en la U”, “los estudiantes de ahora” o “los pacifistas”, en alusión al tipo de acción innovadora que llevan a cabo los nuevos grupos estudiantiles, es decir, a la nueva autorrepresentación discursiva de lo estudiantil y su correlato en protestas que tienden cada vez menos a la violencia, con un carácter expresivo y metafórico creciente, en mayor preocupación por la representación estudiantil y en el desarrollo de capacidad de negociación con las directivas.

De ahí que los miembros de estos grupos asuman también estas categorías, llevando a cabo así un *cambio de identidad* en la contienda estudiantil: “Pues nos dicen ‘pacifistas’ y pues sí, eso somos, queremos hacer las cosas de una forma distinta, y si por eso nos llaman así, pues está bien” (entrevista a líder estudiantil). De esta manera se cristaliza el proceso de aparición de nuevos actores estudiantiles en la Universidad de Antioquia.

La presencia de este nuevo sector estudiantil no implica la desaparición de otros actores, como se puede ver en las asambleas generales estudiantiles, en las cuales este actor busca movilizar la opinión y alcanzar una posición de liderazgo. En estos espacios perduran agrupaciones y formas de contienda política estudiantil tradicionales que discuten y se enfrentan al nuevo actor. Este, a su vez, tiene espacios en los cuales es predominante y desde los que se fortalece y extiende hacia otros. La Mesa Amplia Regional de Antioquia y las articulaciones informales que hay tras la permanencia de esta mesa, conformadas por colectivos

creados hace menos de seis años, es el principal escenario de aparición de los “nuevos” líderes estudiantiles.

La transformación de las articulaciones mediante la irrupción de nuevas iniciativas estudiantiles que han inaugurado espacios de participación y novedosas formas de protesta ha sido el rasgo distintivo de la dinámica de la contienda política estudiantil entre el 2005 y el 2012. Los estudiantes se han encontrado con una estructura del contexto caracterizada por la contradicción entre el aumento en los índices de cobertura y calidad, y la insuficiente financiación de las instituciones de educación universitaria; la criminalización de la protesta, el cierre de espacios de representación, participación y mediación en la universidad, y una alta propensión a la represión de la protesta estudiantil, acompañada de una capacidad de respuesta a las demandas limitada a soluciones policivas. Tales condiciones contextuales, ha llevado a los estudiantes a experimentar distintas formas de organización como condiciones creadas para la movilización, construyendo así unas redes de movilización que se han servido de las plataformas sociales virtuales, y que se caracterizan por la proliferación de colectivos locales y combos clandestinos.

Recordemos entonces que el resultado de estas transformaciones ha dado lugar a un proceso de irrupción de nuevos actores políticos y nuevas iniciativas estudiantiles, mediante mecanismos de apropiación social, acción innovadora, certificación/descertificación, formación de categorías y cambio de identidad; que convergen en la aparición de nuevas formas de protesta, cuyo sentido se diferencia de formas anteriores en tanto los estudiantes han buscado reivindicar nuevas identidades.

4. Tomarse en serio a los estudiantes

Como se dijo en un apartado anterior, se requieren más y mejores investigaciones sobre la contienda política estudiantil. Una agenda de investigación sobre el tema debería tomar en cuenta mecanismos y procesos específicos en programas y facultades concretos, así como también episodios de movilización a escala nacional. Como se ha sostenido en este texto, las acciones políticas estudiantiles no son manifestaciones espontáneas de euforia colectiva juvenil, ni tampoco se reducen a instrumentalizaciones por parte de otros proyectos políticos. Es necesario también poner de presente que la contienda política estudiantil no es el resultado exclusivo de la acción creadora y transformadora de los universitarios, sino que se encuentra en la relación entre condiciones y agencia. En este sentido se requieren marcos interpretativos que permitan comprender la complejidad de la vida política estudiantil. Para ello, los investigadores sociales deberíamos tomar en serio a los estudiantes, en primer lugar, académicamente, pero también, y sobre todo, tomarlos en serio políticamente.

Mientras la universidad se encuentra en transformación, los investigadores sociales podemos hacernos los de la vista gorda y pretender que aún estamos en el contexto del conocimiento universitario tal como lo entiende De Sousa Santos. Otra posibilidad, más honesta con el conocimiento pluriversitario que estamos construyendo actualmente, es reconocer que las reivindicaciones planteadas por los estudiantes constituyen *demandas políticas* y que ellos son *sujetos políticos* que buscan articularse a proyectos alternativos de transformación. Si la universidad quiere volver a contar con su razón de ser, que son ellos, debe tomarse en serio estos proyectos, no para apoyarlos o compartirlos —aunque sus profesores pueden hacerlo— sino para escucharlos, discutirlos, confrontarlos y enriquecerlos.

La investigación sobre la contienda política estudiantil puede ser una forma de producir conocimiento pluriversitario, no solo sobre alumnos —seres sin luz— que reciben pasivamente la iluminación de parte de los docentes, sino en relación con estudiantes que cotidianamente trabajan por la construcción de posibilidades de un mañana distinto; es decir, por actores que encarnan el carácter político de todo orden social. Hoy hay 43 estudiantes desaparecidos en Ayotzinapa, México, que nos recuerdan la indignante historia de represión que cargan los estudiantes a sus espaldas. Lo mínimo que podemos hacer quienes compartimos con ellos el espacio universitario es reconocer sus luchas.

Referencias bibliográficas

- Archila, Mauricio (2012), “El movimiento estudiantil en Colombia, una mirada histórica”, *Revista del Observatorio Social de América Latina* (OSAL), año XIII, núm. 31, mayo: 71-104.
- Auyero, Javier (2007), *La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- De Sousa Santos (1998), *De la mano de Alicia*, Bogotá, Siglo XXI Editores.
- ___ (1997), *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*, La Paz, Plural Editores.
- Durán Migliardi, Carlos (2012), “El acontecimiento estudiantil y el viraje del proceso sociopolítico chileno”, *Revista del Observatorio Social de América Latina* (OSAL), año XIII, núm. 31, mayo: 39-60.
- García, Martha Cecilia (2012), “Una década de luchas estudiantiles”, *Revista Cien Días vistos por CINEP/PPP*, núm. 74, dic.-mar.: 17-21.
- González Gil, Adriana (2006), “Acción colectiva en contextos de violencia prolongada”, *Revista Estudios Políticos*, núm. 29, jul.-dic.: 9-60.
- ___ (2010), “‘Viajeros de usencias’: desplazamiento forzado y acción colectiva en Colombia”, tesis de doctorado en América Latina Contemporánea: los Retos de la Integración Política, Social y Económica, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset.

McCarthy, John (1999), “Adoptar, adaptar e inventar límites y oportunidades”, en: McAdam, Dough, John McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Ediciones Istmo.

McAdam, Douglas, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2005), *Dinámica de la contienda política*, España, Editorial Hacer.

Modonesi, Massimo (2012), “Generación espontánea: los estudiantes chilenos y latinoamericanos”, *Revista del Observatorio Social de América Latina* (OSAL), año XIII, núm. 31, mayo: 9-10.

Núñez, Daniel (2012), “Proyecciones políticas del movimiento social por la educación en Chile”, *Revista del Observatorio Social de América Latina* (OSAL), año XIII, núm. 31, mayo: 61-70.

Rucht, Dieter (1999), “El impacto de los contextos nacionales sobre la estructura de los movimientos sociales: un estudio comparado transnacional y entre movimientos”, en: McAdam, Dough, John McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Ediciones Istmo.

Soley, Lawrence (1997), “Capitalismo ‘de excelencia’: universidad al servicio del mundo de los negocios”, *Revista Política y Cultura*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, núm. 9: 235-246.

Tilly, Charles (2007), *Violencia colectiva*, España, Editorial Hacer.

Universidad y conflicto

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de la Editorial S. V. en el mes de mayo del 2013, en el número 799 para el instituto editorial de propiedad de WPA. La tirada completa fue CalibreMT en 11.5 puntos para el texto y 12 para los títulos. Medellín, 2013.